EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 10887

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península--Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.--Extranjero.—Tres meses, 11'25 id--La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 18 DE FEBRERO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.--Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extraccion y desagües. Especialidad en **cables** y **cuerdas** de abacá, acero é hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

INTERESANTE

Ha regresado á esta el afamado y conocido especialista en las enfermedades de la boca,

DR. OVIDIO CIGNI COMASTRI,

que ofrece sus servicios á su numerosa clientela y al público en general

Calle Fonda, 11, principal.

Consulta permanente y á domicilio.

COMBATES NAVALES

Despuntaba el año de 1841, (1) cuando con Real patente de oficial de artillería de mar y las bombam al cuello, (2) ya aprendíamos el oficio en los parques navales, (3) y en los entrepuentes de los bajeles en aquellos tiempos de *marina poca y mal pagada*—como dicen que decía cierto monarca—en los que, el silencio de nuestros arsenales, y el hambre de nuestras familias, nos decían á cada instante, que la que fué el *coco* del mundo lloraba para siempre la ausencia de aquella marina que aun nos llama a gritos desde Trafalgar!

Aquellas esbeltas y veleras naves erizadas de cañones, á las que los soldados llamaban *los dragones del viento*, hoy sustituidas por esas moles de hierro que por su estructura se parecen á los elefantes, porque si caen de una banda ¡ya no se levantan!... ¡Así sucedería al «Reina Regente», si perdió el equilibrio marinero en las fatídicas aguas de aquel siniestro cabo, cuyo nombre no queremos repetir! ¡Qué lástima que los inventores de esas maravillas, no tracen los gálibus á bordo en plena borrasca! Téngalos Dios de su mano, y á esos pavorosos fabricantes, que arruinan los Estados aterrando al mundo con esos complicados artefactos artilleros, que aun no experimentados á la voz de *fuego* de verdad, tanto dejaran que desear acaso cuando *el blanco tire* ya que solo la falta de un tornillo en un momento crítico, causar puede algunas víctimas propias, á la vez que la impotencia, de esas maquinarias tan imprescindibles al servicio, del monstruoso cañón.

Feliz época aquélla en que con ocho hombres—simultaneando los cargadores—se servían dos piezas que respondían infalibles á la voz del cabo, en la que la preferente obligación del oficial de batería al entrar en combate consistía en mandar morder las vetas de las retenidas para tenerlas á la mano, y en examinar si los cáncamos de los palanquines y de los bragueros estaban bien enchavetados por fuera del costado. La máxima carga costaba catorce reales, y hoy cuesta catorce mil. Si se inutilizaba una cureña pronto se remplazaba con otra, sin más aparato que dos tinas boca abajo y un par de piés de cabra, y todo el tino práctico artillero, se reducía á disparar á la caida del balance en el costado de barlovento, y al de la alzada en el de sotavento.

Con galleta dura, arroz y tocino, agua con gusanos,--si se mareaba—y unos cuantos trapos, *lancha dentro, amigo fuera*, la ordenanza del cuarenta y ocho, sobre el cabrestante, (leyes penales) la artillería abretonada y trincado todo en son de mar, se daba la vuelta al mundo como hizo la «Ferrolana».

Un calafate con seis duros de paga tapaba los agujeros del cañón enemigo, y si soplaba duro, la trinquetilla ó la gabia eran más seguras que la mejor máquina, sin lamentar generalmente otros incidentes que romperse algún huevo ó salir alguna bala de á 24 rodando por la cubierta. El jefe de la nave con una mano al timón y en la otra la bocina la manejaba á su antojo. De cuando en cuando se chupaba el dedo para conocer la dirección del viento, mandaba por sí mismo bracear el aparejo. Arribaba ú orzaba sin contar con nadie, y si la emoción no hacia traición á su voz de mando todo estaba resuelto, y todo, en fin, dependía de su valor y de su pericia y de su ojo marinero, hasta el punto, de entrar en el puerto de la Habana un bergantin español á todo trapo, haciendo estela con las bocas de los cañones! Aquello era navegar. Esto es ir por el agua cuando quieren las máquinas y solo la providencia salvar puede la responsabilidad y el honor de un comodoro metido en un tubo de hierro durante el temporal ó durante la lucha, á merced de tantos y tantos maquinistas, y tantas maquinarias, que respondan ó no á su objeto por medio de aparatos—que no son infalibles—en el preciso instante en que las circunstancias lo demanden, tanto más si su artillería enmudece, ó responde á la vista del enemigo con lesiones ó con la muerte á los cabos de cañón ó á algún sirviente porque los fabricantes, los inventores ó los contratistas no tuvieron en cuenta los reveses de la mar, ni los acaecimientos de un combate, ó porque los casquillos ó las vainas que contienen las cargas resulten inútiles por dilataciones ó escapes de gases de inminente peligro, o por otras muchas causas, antes no previstas, si aquéllas no fueron probadas oportunamente, ó no bien reconocidas ante la confianza nunca disculpable por sus consecuencias ó por la premura de las circunstancias, y no hablemos de armadas irregulares con dotaciones de alquiler, sin hábitos de disciplina ni educación militar, porque esto es peor que todo

Los buques de hoy cuyos fuegos no se apagan nunca, se pierden hasta en los mismos puertos, con la mar como un plato y no ha mucho que la capitana de una escuadra inglesa sucumbió en un simple simulacro.

Llevan en sí mismos muchos enemigos y el dia en que combatan dos armadas se resolverán grandes problemas, con más triste motivo si sucumben ambas sin gloria ni provecho—que todo es muy posible.—Así pues lo entendemos y al reflexionar lo espantoso de una horrible hecatombe é imaginando la imponente actitud de dos escuadras enemigas que tocan zafarrancho al avistarse en alta mar, recordando por analogía una brillante página del inmortal Terrones, comparamos á aquellas con un león y un tigre, que al encontrarse cara á cara en pleno bosque, dueños de un espacio al alcance del salto—como si digéramos á tiro de cañón—se detienen instintivamente, y se miden con la vista. ¿Cual va á perecer? ¡Acaso los dos!

Así piensan las fieras y ninguna acomete. Se enseñan sus terribles colmillos, se amenazan con el gruñido, se encorvan sobre los jarretes, y batiendo el suelo con la cola, garras crispadas, pelos de punta, orejas gachas, cuello alargado y bolfos arremangados, llevan ambas insensiblemente atras... el pié que está delante... y alejándose poco á poco siempre—de frente—sin dejar de observarse... se vuelven la espalda con esa magestad que distingue á tan grandes señores.

. . . . . .

. . . . . .

Hace muchos años, que en previsión de lo que hoy nos ocurre, digimos en un número del «Correo Militar» que tenemos á la vista y hoy lo repetimos, que con hombres como Cervera y como Bustamante y otros distinguidos marinos, que saben llegar más allá de lo que el deber a sus empleos exige, no zozobraran nuestros barcos con valor heróico, (1) en aras de la patria y de la humanidad. Nada de favoritismos. Al contrario: lejos de ello, y verificado nuestro examen reglamentario en el colegio Naval Militar, obteniendo el número uno de la promoción como consta en laudatoria posterior R. O. de 17 de Agosto de 1850 de cuyo requisito fueron dispensados muchos individuos, que de la clase de simples paisanos obtuvieron plazas de oficiales efectivos en el cuerpo con goce de paga perjudicando al dicente y empujándole al abismo como cosa que estorba sino que hasta los examinandos de la cola de la promoción, también se le antepusieron por influencias personales, privando al lesionado el sueldo de su clase durante siete años, siendo objeto por largo tiempo de agravios y atropellos gubernamentales, que el pudor nacional exige pasar en silencio. Hable el Supremo Tribunal de guerra y marina en fallos de 13 de Febrero y 23 de Marzo no ejecutriodos. Aclaraciones que hacemos, á evitar torcidas interpretaciones y juicios temerarios. A cada cual lo suyo.

(1) Hace 57 años, y aun no habian nacido la mayor parte de los señores brigadieres de la escala activa de la armada española.—Estado general.

(2) No habia entonces infantería de marina. Llamábase cuerpo de artillería de marina, que hacía el servicio artillero abordo, teniendo á su cargo los parques y fundición de las piezas de la marina etc

(3) No se alarme el lector apasionado, ni el crítico de oficio. Aquella infantil investidura, sin antigüedad ni sueldo, era el pago de atrasada déuda á nuestros antepasados más cercanos en directa línea que voluntaria y desinteresadamente expusieron sus vidas

(4) Documentos justificativos.

(1) Justificativo.

es para volverse loco! ¿Quién os ha dicho?... Vaya, vaya... esperad. Me habeis sorprendido del modo mas agradable que podia imaginarme y apenas puedo coordinar las ideas.

—Todos los enamorados son así, contestó el portero filosóficamente. ¿Habeis olvidado la comisión que disteis á vuestro amigo antes de vuestra llegada?

—¡A mi amigo!

—Si....

—Este hombre me hace delirar...

—Veo que habeis perdido la memoria. Pero yo os ayudaré á recuperarla.

Santisteban temblaba de sorpresa y emoción: eran tan violentas las peripecias de aquella aventura que creyó estaba soñando.

—Bien. entendámonos, dijo al porteto. ¿Con que un amigo avisó mi llegada? ¡Ah! ya caigo, murmuró para sí; habrá sido algun buen oficio de mis compañeros que regresarían á Madrid antes que yo.

Esta idea le tranquilizó. ¿Y qué otra mas natural podía ocurrirsele?

Lesmes contestó afirmativamente.

—¿Y quién es ese amigo? ¿Le conoceis?

—Es un bravo capitan de granaderos.

—¡Ah! ya comprendo. Proseguid.

sonado, como la mano que le tocara en el hombro, acababan de salir por un ventanillo practicado en la puerta de don Fernando Ponzoa.

Esta aventura tan singular é inesperada, que en otra circunstancia hubiera castigado el conde de una manera escandalosa, le pareció del mejor agüero para informarse de Enriqueta... Obedeció la orden y se acercó mas.

Entonces distinguió la fisonomía de un hombre al lado interior del ventanillo. Era el portero Lesmes que por una de esas casualidades que parecen providencias, habia tomado al verdadero conde de Santisteban por el fingido.

—¡Chitón, volvió a decir el portero. ¿No sois el conde de Santisteban?

Este, asombrado con tal pregunta, creyó que el cielo le deparaba aquella suerte que no sabía explicarse, y no titubeó en contestar.

—Si, yo soy.

—Habeis venido mas temprano de lo que yo creía... No son las doce, prosiguió Lesmes.

—¿Y qué?

—Que la señorita Enriqueta no estará aun prevenida.

Santisteban hubiera lanzado un grito de alegría..

—¿Con que me está esperando? ¡Dios mio! ¡esto

—Ya es muy tarde; las puertas estarán cerradas.

—Entonces me dirigiré á la calle de Santiago para saber lo que ha sido de Enriqueta durante los dos meses de nuestra ausencia.

—Tambien es tarde.

—No importa. Mi amor y mi impaciencia es superior á todo.

—¿Con que es cosa hecha?

—¿Qué?

—Lo del casamiento.

—¡Oh! sí Estoy decidido. Espérame en casa y hablaremos cuando regrese á ella.

Juan Palomino tomó las riendas del caballo de su amo, y despues de algunas indicaciones pacíficas, que le parecieron oportunas, se dirigió por la calle de la Montera, mientras la gallarda figura del conde se perdía en el tenebroso fondo de las calles.

Todo aquel que de regreso de una arriesgada expedición vuelve á pisar el suelo de su pais natal, y espera ver á las personas mas amadas, sabe lo que se experimenta y pasa en el corazón.

El conde de Santisteban, mas bien que el ir á palacio pensó dirigirse á la calle de Santiago para ver si por medio de alguna circunstancia imprevista lograba saber algo de Enriqueta ó inquirir algo de